

DEPORTEADOS

Who knows how far backward the world would be still, if there had never been an England? And if England ceased to be, who could measure how far mankind would be thrown backward?

(FRIEDRICH LIST, *Das nationale System der politischen Ökonomie*, 1841.)

THE  
NINETEENTH  
CENTURY  
AND AFTER

1877

1943



Founded by JAMES KNOWLES.

1943

JULY

No. 797, Vol. CXXXIV

The Political Wisdom of the English Poets. By THE EDITOR . . . . .	I
The War Effort of the Dominions. By the Rt. Hon. LORD HANKEY, P.C. . . . .	12
Deportees. By ELMA DANGERFIELD . . . . .	19
Hymn to Scarcity. By G. L. SCHWARTZ . . . . .	30
The Strange Case of Dr. Joad. By REGINALD J. DINGLE . . . . .	35
Hurtmore in Spring. By L. AARONSON . . . . .	40
The German and his Doppelgaenger. By ARLAND USSHER. . . . .	43
Fair Comment. By RICHARD JENNINGS . . . . .	44

Published by

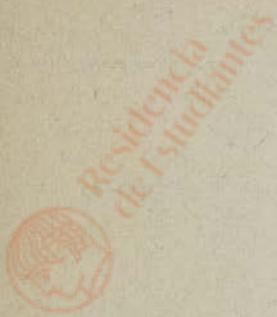
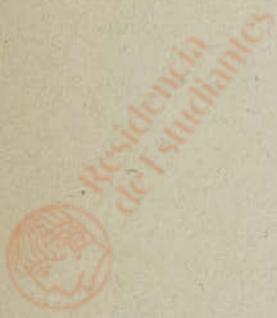
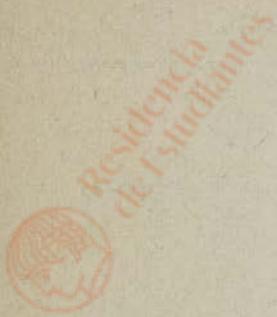
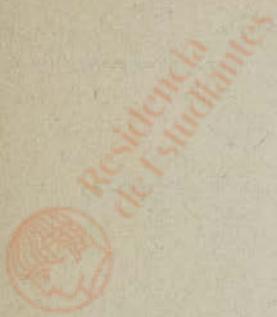
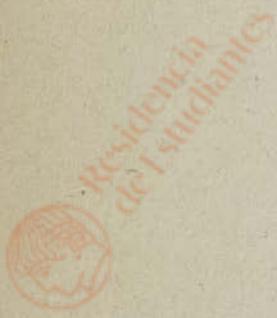
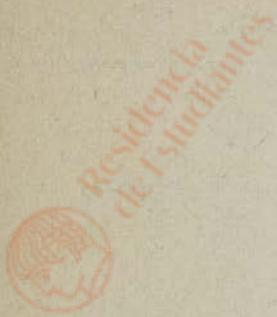
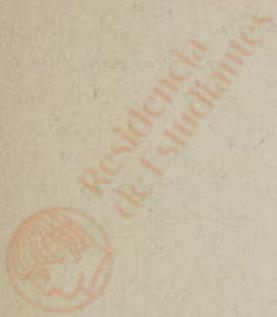
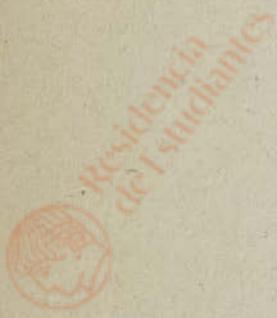
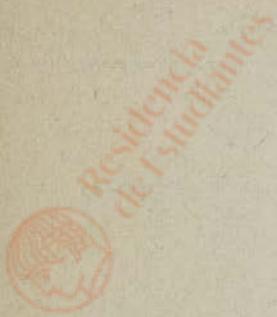
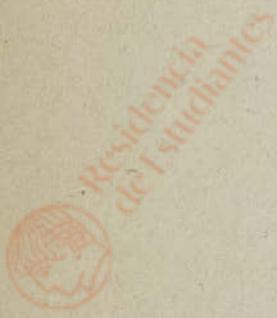
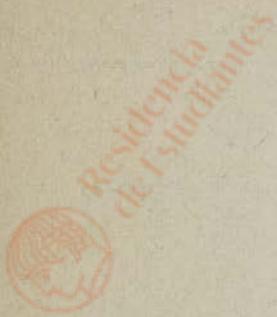
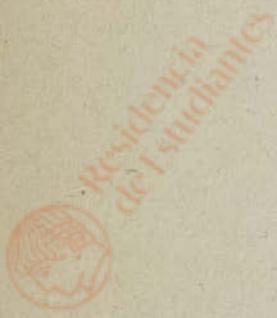
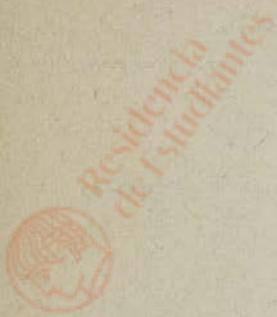
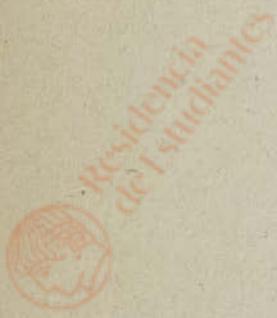
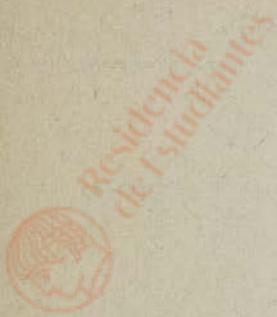
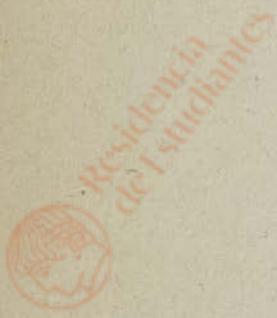
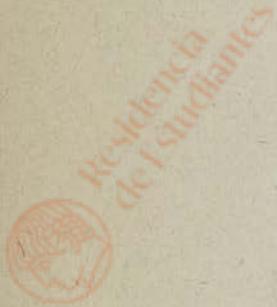
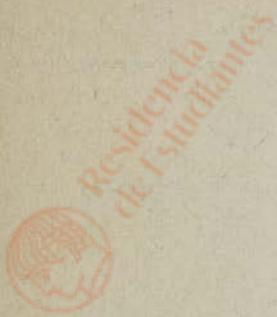
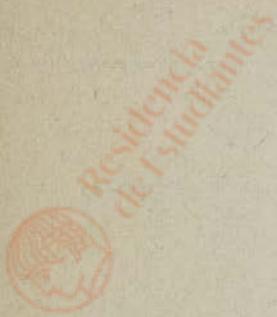
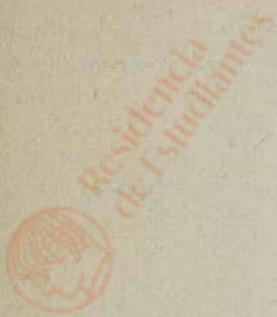
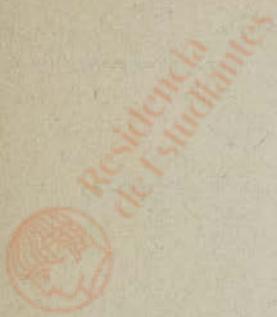
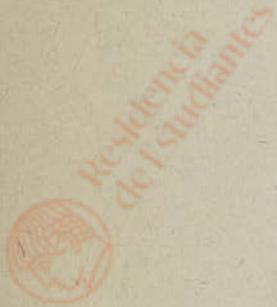
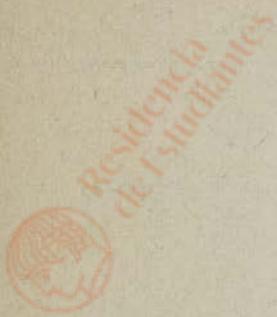
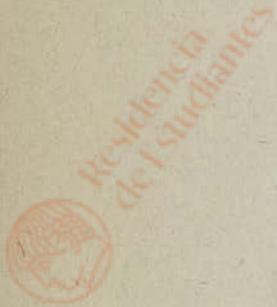
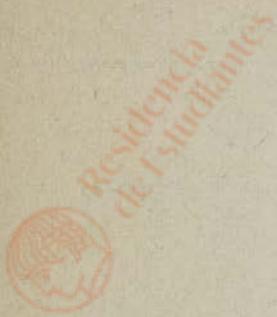
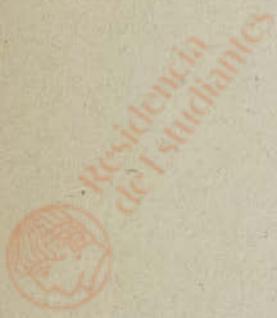
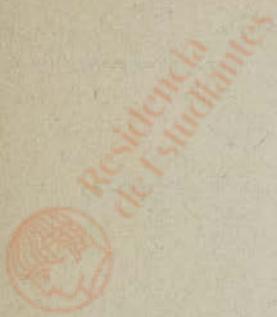
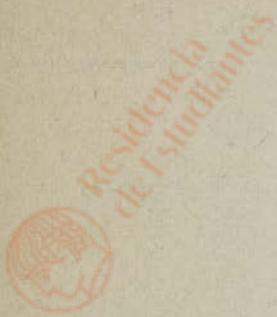
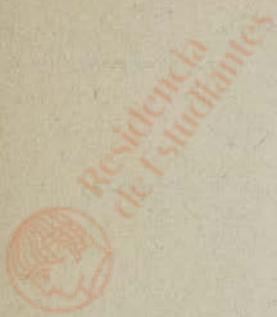
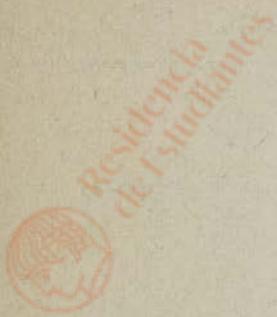
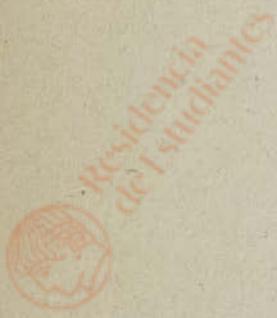
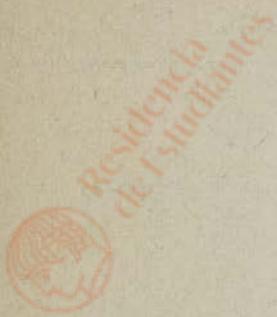
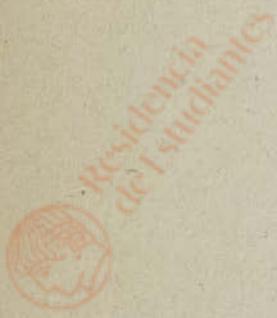
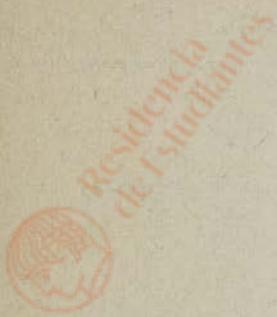
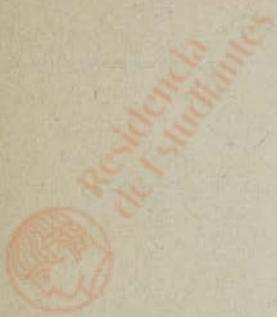
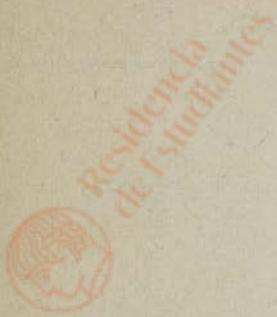
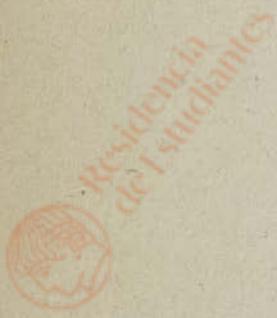
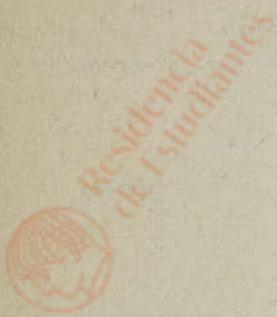
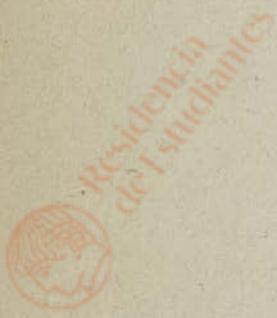
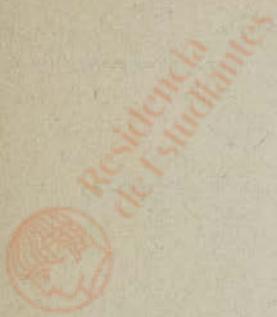
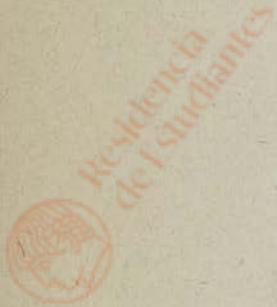
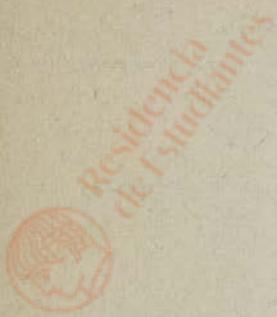
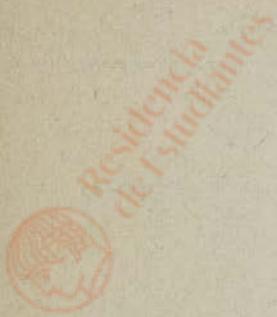
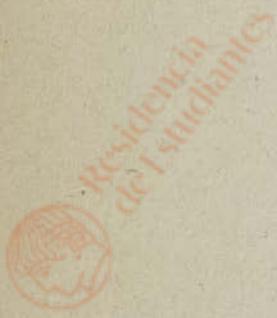
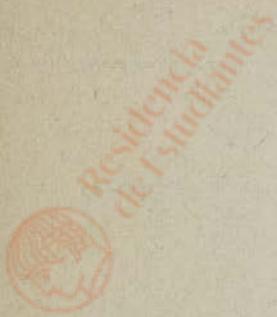
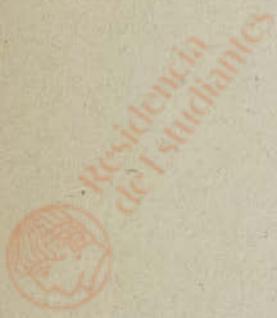
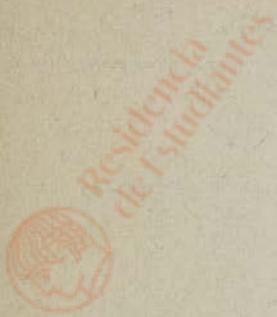
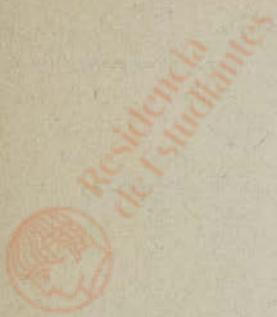
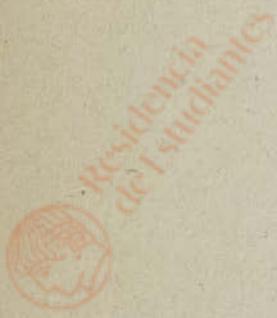
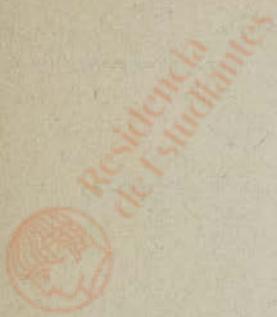
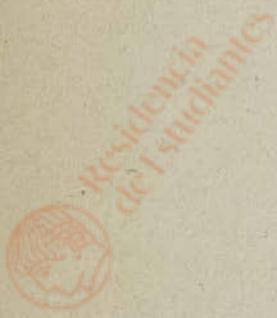
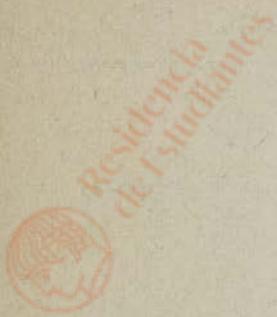
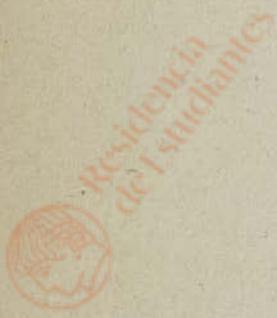
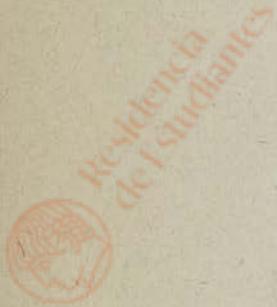
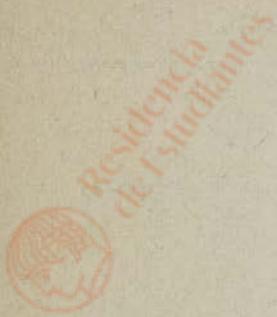
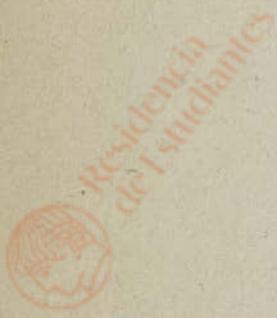
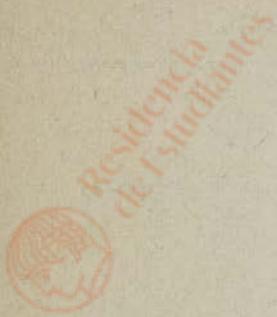
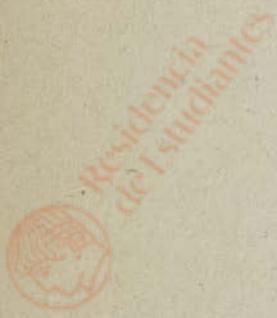
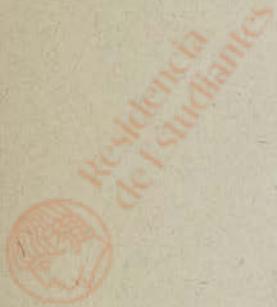
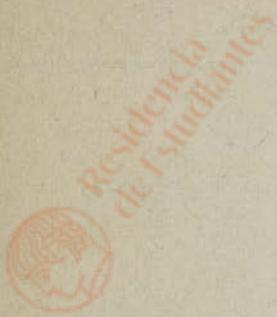
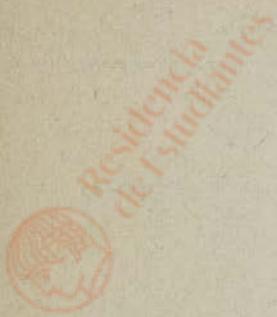
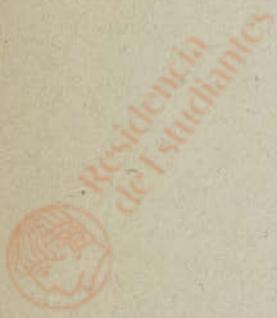
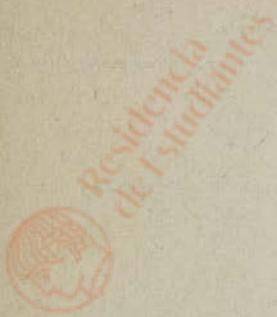
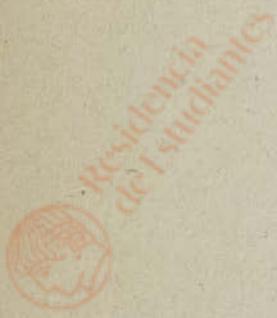
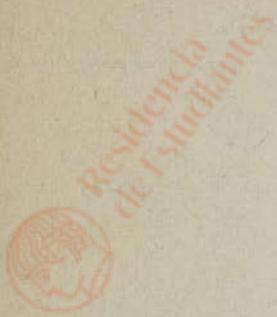
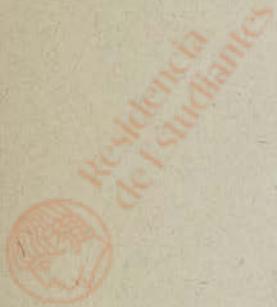
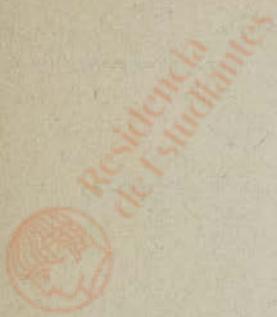
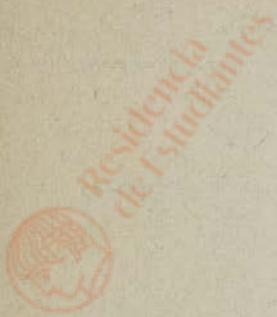
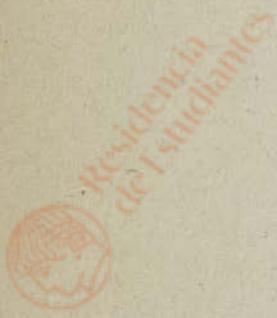
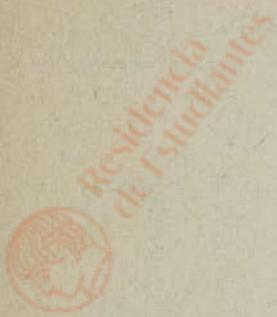
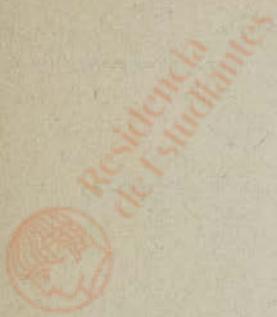
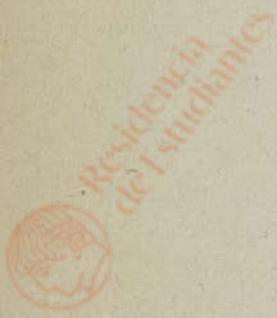
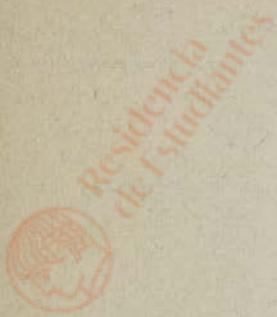
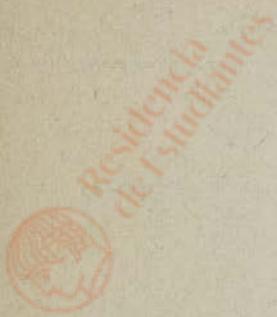
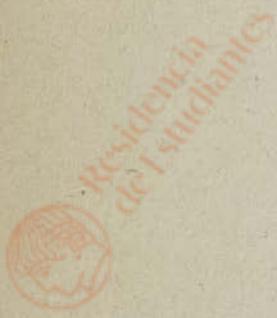
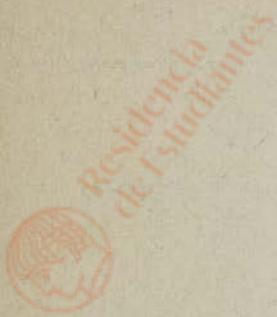
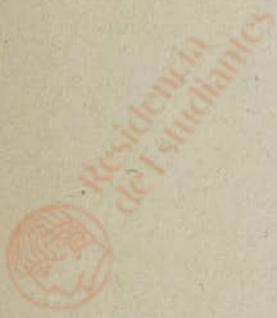
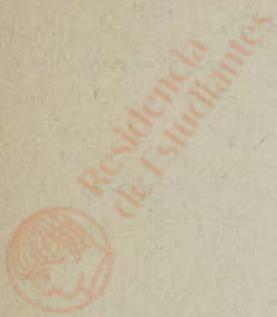
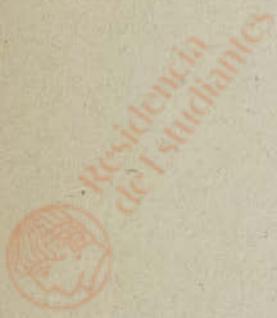
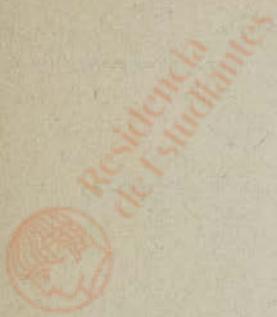
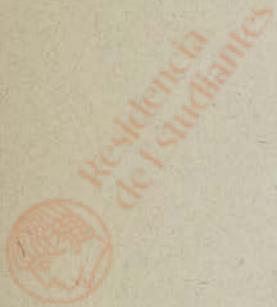
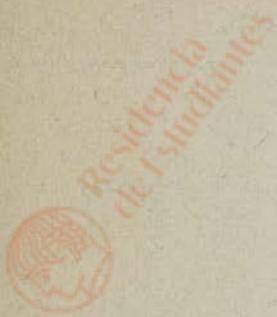
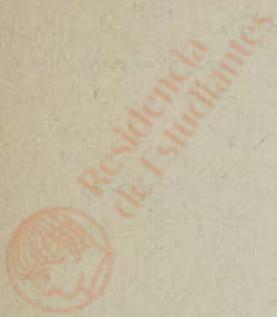
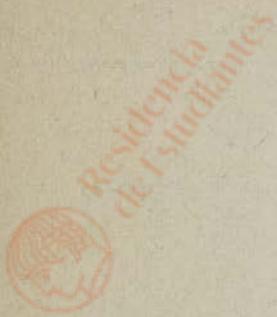
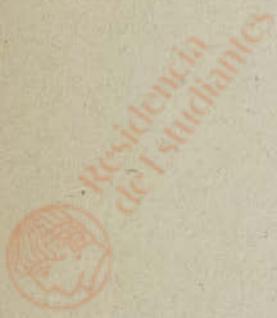
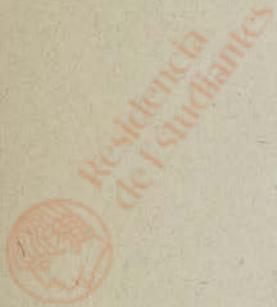
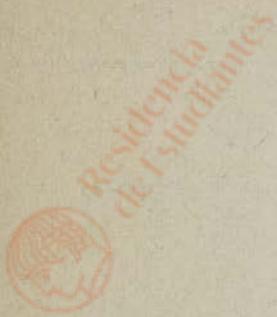
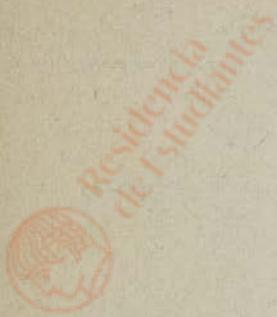
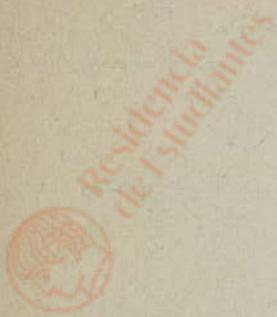
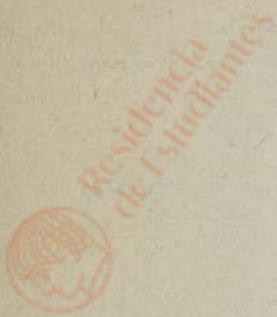
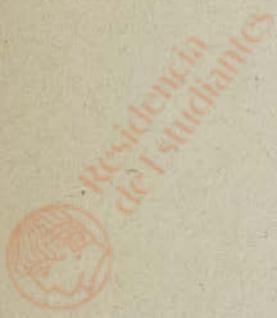
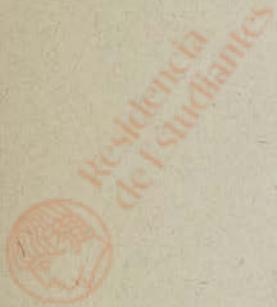
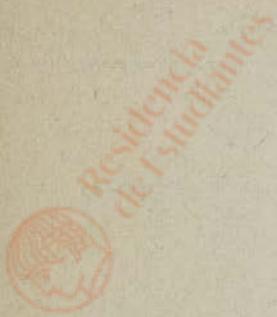
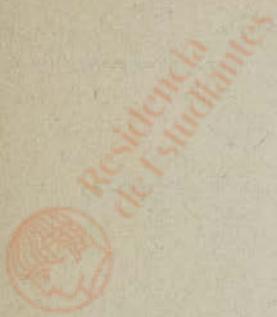
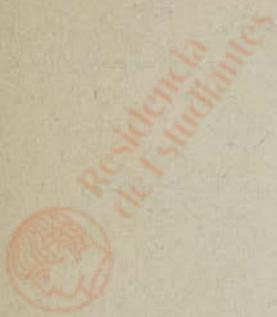
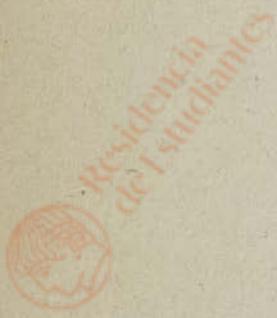
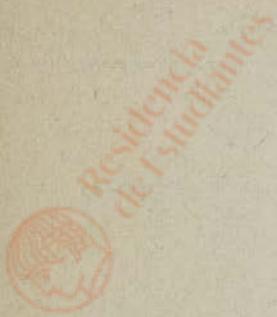
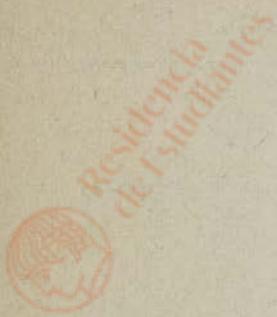
CONSTABLE & CO LTD 10 ORANGE STREET LONDON W.C.2

Registered for Canadian Magazine Post.

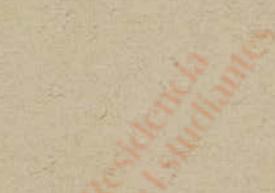
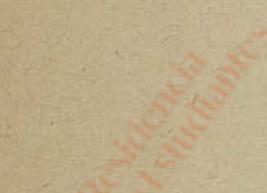
Price Three Shillings.  
U.S.A. and Canada, 75 cents.

All rights reserved.  
Annual Subscription (Home and Abroad) 30/- post free.  
U.S.A. and Canada \$8.75.

PRINTED IN GREAT BRITAIN



**DEPORTADOS**



Constituyen las páginas siguientes un relato escueto y real de la situación en que viven en la U. R. S. S. millones de seres arrancados de su patria por el comunismo, cuando éste, en paso fugaz, puso su planta sangrienta en las apacibles regiones báltica y polaca. Trátase, por lo general, de seres inocentes, de mujeres y niños, familiares de patriotas destacados en la lucha contra el bolchevismo cuando éste se cernía sobre su patria aún como una amenaza. Ni un sentimiento elemental de humanidad, ni los ruegos o advertencias de potencias extranjeras, lograron aliviar la suerte de estos desgraciados que consumen su vida y ven morir a los suyos extenuados por el trabajo más bestial y el hambre más despiadada. No piense el lector que los casos nominales a que aquí se alude constituyen excepción. El martirio de estas personas es el que sufren todos aquellos miles y miles de seres que cayeron una vez bajo la férula bolchevique. Por el contrario, la excepción la constituye el que, tras haber conocido esta situación, retorna a la vida.

Pues bien: este régimen, para el que tales procedimientos inhumanos son norma y principio de conducta, se ve hoy halagado y apuntalado por los Estados anglosajones, que, en su afán inmediato de alcanzar la victoria en la guerra, quizás olvidan que muy bien pudiera ella traer, con el triunfo bolchevique, la muerte en la paz.

Vergüenza para sus pueblos y escándalo para el mundo civilizado deberían constituir las últimas declaraciones hechas por el Premier inglés en Quebec, humillándose ante un Stalin desdeñoso. "Ningún deseo mayor tenemos el Presidente Roosevelt y yo que el de celebrar una conferencia con el mariscal Stalin. Si ello no se ha realizado todavía, no es porque no hayamos hecho todo lo posible o porque no estuviéramos dispuestos a allanar cualquier dificultad y a emprender nuevos y largos viajes con tal fin. El señor Roosevelt y yo perseveraremos en nuestro esfuerzo para entrevistarnos con Stalin." He aquí las declaraciones hechas por un Jefe del Gobierno británico, otras veces tan altivo, y tan humilde y sumiso cuando se trata de asegurar la benevolencia del "mariscal Stalin", encarnación de un régimen que utiliza como sistema usual del Gobierno los asesinatos en masa, las deportaciones y la tortura.

Para las gentes ingenuas u olvidadizas, que fáciles a una propaganda interesada suponen que la fiera bolchevique perdió sus garras al entrar en contacto con las "suaves maneras" de las democracias anglosajonas, las páginas siguientes debieran servir de recordatorio y advertencia. Y que,

por cierto, no se ilusionen estas mismas gentes con la idea de que es propósito de los anglonorteamericanos, si llegaran a triunfar, limitar la fuerza de Rusia en Europa. El papel decisivo que ésta se asigna en la futura reorganización europea no habrá de tropezar con el obstáculo de una voluntad anglosajona adversa. Las palabras finales pronunciadas por Churchill durante su discurso citado no dejan lugar a dudas. Dijo entonces el Primer Ministro británico, cerrando su peroración:

"Cumpliremos nuestra tarea sin flaquezas ni debilidades durante todo el tiempo que sea necesario. Este es el camino que la Commonwealth y el Imperio británico, la gran República de los Estados Unidos y la vasta U.R.S.S. seguirán hasta que su misión esté concluída y el mundo entero se organice bajo una paz duradera y definitiva."

Sabemos, pues, que es propósito de las naciones unidas organizar el mundo entero, y que parte integrante de este mundo es nuestra Europa, que será, por tanto, organizada por una coalición de Estados de los que sólo Rusia es semicontinental. Es lógico que, basada en esta situación y en el papel preponderante que en la guerra desempeña, reclame para sí y obtenga ser ella la que decida de la suerte de Europa. Sobre los propósitos, métodos y procedimientos que empleará para su obra reorganizadora nos ilustran las páginas siguientes.

\* \* \*

Se calcula que más de 1.500.000 polacos se encuentran hoy en Alemania. Otro millón de polacos, de los cuales la mitad son mujeres y niños, fueron deportados por los rusos después de la ocupación de la Polonia oriental por el Ejército rojo, en septiembre de 1939. Entre ellos hay campesinos, trabajadores forestales y agricultores, así como funcionarios del Estado. Muchas familias polacas de diferentes profesiones fueron conducidas al interior de Rusia durante la primavera y el verano de 1940.

La madre de una de estas familias nos refiere la historia siguiente: En 1939 se encontraban veraneando en un pueblo, cerca de Lemberg, en una casa donde 18 amigos suyos — incluyendo una anciana de noventa y dos años y un niño de tres meses — se habían refugiado, huyendo de los alemanes, que avanzaban por el oeste. Pero el 17 de septiembre, a las dos de la tarde, se enteran casualmente por la Radio de París de que las tropas rusas estaban invadiendo Polonia. Como quiera que la casa se hallaba situada a unos 100 kilómetros de la frontera rusa, era más que probable que las unidades motorizadas de los rusos llegaran aquella misma noche hasta donde ellos estaban. En el transcurso de la tarde, otros 25 conocidos buscaron refugio en la casa, porque como estaba situada en medio de una gran selva, pensaron que en ella se hallaban a cubierto de los ataques aéreos de los alemanes y de los rusos.

Aquella noche, cuando iban a cenar, se oyeron fuertes pisadas de soldados cerca de la casa, y seguidamente dos oficiales rusos penetraron en

ella; hablaban muy alto y no quisieron tomar asiento, insistiendo para que los otros probasen la comida antes que ellos, pues temían que los envenenases.

Luego exigieron que les entregaran todas las armas. Así lo hicieron. Los dos oficiales se pusieron a registrar la casa, encontrando en una habitación una joven acostada, que iba a dar a luz. Ella había colocado junto al lecho todos los objetos de su propiedad; uno de los oficiales se apoderó de una pitillera de oro y la guardó en el bolsillo. El otro oficial logró persuadirle de que se la devolviera, pues la mujer protestaba con tono conmovedor, alegando que era un regalo de su esposo. Al día siguiente llegaron los soldados rusos y se esparcieron por toda la casa; admiraban los cuadros y los muebles como si estuviesen en un museo y no hubieran visto nunca cosas semejantes. Se llevaron todo el ganado, los víveres, los productos de las granjas y los utensilios. Poco después, dos aldeanos de la localidad advirtieron a la familia que los soviets acababan de implantar un comité comunista y que ellos traían orden de proceder a la expropiación inmediata.

En vista de esto se refugiaron en Lemberg, donde se consideraban más seguros. Así sucedió por algún tiempo; pero los alimentos escaseaban mucho por las dificultades para transportarlos; los rusos lo habían consumido todo y no se ocupaban de renovar las provisiones. Además, la falta de combustible era también muy grande, y muchos de los habitantes perecieron de frío aquel invierno.

Desde el mes de febrero de 1940 esta familia vivía bajo la amenaza constante de ser deportada, pues a todos los colonos, artesanos, trabajadores y labradores que momentáneamente se habían instalado en Lemberg, los sacaban durante la noche y se los llevaban a trabajar a Rusia. En abril empezaron a desaparecer algunos de sus amigos considerados como "intelectuales", y todas las noches vivían en un puro sobresalto, temiendo que llamaran a la puerta y que sus hombres se hallasen en la lista de los deportados. El momento fatal no se hizo esperar. En este mismo mes de abril, y después de medianoche, llegaron tres miembros de la N. K. W. D. (en otros tiempos, G. P. U.) que traían una lista, en la que figuraban sus nombres. Con tono imperioso les ordenaron abandonar el lecho, envolver todo lo que pudieran llevarse y prepararse a dejar la casa dentro de media hora. El padre, la madre y tres hijas de catorce, dieciséis y diecisiete años, respectivamente, así como la hermana de la madre, con sus hijos de dos y tres años, obedecieron; en cambio, se negaron a que se moviera a la abuela, de setenta y cuatro años, que desde hacía cinco se hallaba postrada en cama. Al principio, la policía rusa insistió para que ésta los acompañase; pero, comprendiendo que la familia prefería morir a llevarse a la anciana, desistió de su propósito, dejando a la abuela abandonada.

Hacinados en un furgón de ferrocarril con otras 21 personas, fueron conducidas con 4.000 deportados desde Lemberg hasta la frontera rusa. Durante cuatro días no recibieron alimento alguno, ni siquiera agua.

Se alimentaban con lo poco que habían podido llevar. Cuando, finalmente, en una estación les permitieron apagar su sed en una charca, bebieron con avidez, como animales. Desde entonces, dos de los viajeros podían ir a buscar, una vez al día, en alguna estación, una cantidad mínima de pan y agua, siempre insuficiente para todos los que iban en el vagón.

Este viaje penoso duró dieciocho días; todas las condiciones sanitarias se reducían a un agujero en el suelo, y la escasa luz y la poca ventilación de que disponían penetraban a través de dos ventanillas situadas cerca del techo, por las cuales adivinaban, más que veían, la luz del día y la dirección que llevaban. La falta de aire y el poco espacio en este vagón les causaba muchas molestias y extenuación; pero todos conservaban la serenidad y se alentaban mutuamente contándose las tragedias de sus vidas. Por fortuna, la madre había llevado un atlas, lo que les permitía observar, orientarse y tener una noción de dónde se encontraban. Habían transcurrido casi tres semanas cuando, al fin, llegó el tren a Kazakstan; entonces abrieron los vagones sellados, ordenando a los deportados que salieran. Amontonados en un camión, los condujeron en veinticuatro horas por caminos cubiertos de fango a una distancia de 70 millas. Entonces los soltaron, diciéndoles que viviesen como pudieran. Cuando preguntaron dónde y de qué manera, el guardián ruso respondió que eso era cosa de ellos y que debían por sí mismos procurarse subsistencia y abrigo donde guarecerse. Afortunadamente encontraron la cabaña abandonada de un mogol, donde cayeron sobre el suelo de tierra casi exátimes: quince de ellos amontonados, todos completamente agotados, magullados y destrozados por el viaje.

Al día siguiente había que poner la cabaña en estado habitable y tratar de encontrar algunos alimentos. Para esto último era necesario andar algunos kilómetros hasta llegar a la aldea más próxima, donde podrían trocar por pan y leche para los niños lo poco que aun poseían. Cuando esto no era posible, los pobres pequeñuelos comían tierra, lo cual les causaba disentería y graves trastornos digestivos.

Mientras tanto, las autoridades locales rusas ordenaron que los hombres y las mujeres más aptos tenían que trabajar en las granjas vigilados por capataces mogoles. Este trabajo manual era muy duro: consistía en acarrear y amontonar briquetas de estiércol, ocuparse del ganado y desempeñar los trabajos de la granja de ocho a once horas al día. El jornal que les debían pagar era de 5 rublos (aunque una sopa de coles costaba 4,80 rublos). En realidad, los capataces mogoles eran los que cobraban los jornales y no entregaban ni un rublo a los deportados, que no recibían más que un trozo de pan negro y en raras ocasiones sopa, o lo que ellos podían cambiar en los poblados. Sin embargo, los mogoles no les daban mal trato; pero aprovechaban todas las ocasiones para gritarles y abusar de ellos duramente, intimidando así a las muchachas. Sufrían lo indecible, atormentados continuamente por el hambre y la desnutrición; tenían que dormir en el suelo raso sin una manta para cubrirse, en los cobertizos, entre la

suciedad, el estiércol, los piojos y los insectos de todas clases. En invierno tenían que vivir con el ganado, pues el frío intenso no les permitía estar al aire libre. Agujas de hielo se formaban alrededor de sus ojos cuando salían fuera de la casa, y si se paraban un momento, sus cuerpos se paralizaban de frío. El calor era tan sofocante en verano, que aquello semejaba un verdadero infierno, y muchos de los que trabajaban bajo el sol ardiente sufrían de insolación. Además, las moscas, mosquitos y demás insectos les causaban constantes molestias debido a la falta completa de higiene y a la proximidad del ganado. La disentería y los sufrimientos gástricos eran muy frecuentes en el verano, así como la malaria, que se convirtió en una verdadera epidemia. En invierno todos padecían de resfriados, bronquitis y pulmonías, y los medicamentos para combatir estas enfermedades faltaban en absoluto. A pesar de esto seguían trabajando hasta no poder más, porque los que se ponían enfermos o eran muy viejos para continuar trabajando, no recibían alimento alguno, teniendo los jóvenes y más sanos que compartir sus miserables raciones con ellos. Los otros deportados ayudaban a sus familias a preparar la comida y a mantener el fuego encendido en invierno con panes de estiércol. Procuraban formar una especie de hogar para sus hijos, que volvían completamente rendidos después de un trabajo abrumador que extenuaba a los jóvenes hasta hacerles llorar de dolor.

A otro grupo de deportados los enviaron a la Taiga siberiana, al norte del ferrocarril transiberiano, en la región entre Tomsk, Krasnoyarsk y Yeniseisk, donde tenían que desempeñar trabajos forestales muy rudos. Vivían en barracas con los obreros de los bosques y otros desterrados polacos y rusos; algunos de ellos estaban allí desde hacia tres años. El alimento principal consistía en una especie de gachas de avena o de macarrones fabricados en el país, que originaban indigestiones muy molestas. El jornal era tan mezquino, que para ir viviendo tenían que vender algunos de los pocos objetos personales que todavía poseían. La separación de las familias — los maridos de las esposas, los padres de los hijos — y la falta absoluta de todo consuelo religioso (no se les prohibía, sin embargo, conservar su fe religiosa, aunque los sacerdotes, por el momento, no existían) parecían avivar más los sufrimientos morales que las molestias físicas y la mala alimentación. La cifra de los que perecieron fué aterradora; se calcula que oscila entre 200.000 y 300.000. Datos muy precisos indican que la mortalidad entre los niños que habían sido deportados a los Urales era aún mayor, debido a que el clima es mucho más riguroso — frío ártico en invierno y calor tropical en verano —. En estas regiones la alimentación consiste en arenques salados, setas, bayas y raíces, que los niños recogían y extraían de la tierra. Los campesinos de la localidad vendían leche, miel y huevos; pero los salarios no bastaban para permitirse tales lujo — un huevo costaba un rublo — y el trabajo de arrancar la corteza de los árboles, que duraba desde las cinco de la mañana hasta la una de la tarde, era remunerado a razón de cinco rublos diarios. Como ninguno podía reunir la cantidad de corteza necesaria para ganar dicha suma, el jornal era de hecho infe-

rior y, por consiguiente, ni siquiera un hombre robusto ganaba lo suficiente para mantenerse. Una mujer débil o enferma ganaba solamente un rublo al día para sustentarse ella y sus hijos. Un reuma crónico o una afección pulmonar no eran razones suficientes para interrumpir el trabajo, basándose en los principios de "quien no trabaja, no come".

Lo que sigue son extractos de cartas que unas polacas deportadas a Rusia han escrito a sus compatriotas de la Gran Bretaña y dan un testimonio de primer orden sobre las condiciones de vida en varias partes del país.

Una profesora de Ciencias y Geografía, de cincuenta años de edad, escribió desde Siberia:

"Trabajamos aquí como leñadores en los bosques. Lo que ganamos es apenas suficiente para pan, y como nuestra paga se retrasa a menudo, nos morimos de hambre durante semañas enteras. Vivimos principalmente de pan y agua; desgraciadamente, no hay nunca bastante pan...; no tenemos vestidos de invierno; nuestras manos, pies y nariz están llenos de sabañones. De noche no nos podemos casi mover: escasamente 1,50 metros cuadrados por persona. Las chinches y los mosquitos de todas clases nos devoran; nuestros brazos y piernas están cubiertos de heridas causadas por las picaduras. En verano trabajo en una almazia igual que un galeote."

Otra mujer, una historiadora y profesora de Arte que trabajaba en los archivos municipales, escribe:

"Tengo que hacer trabajos manuales para alimentar a mi madre y a mi hijita de tres años. Trabajo en una cuadra, donde cuido los caballos... durante catorce o quince horas diarias, sin ningún día de descanso. Mi salario no alcanza ni para cubrir los gastos de la familia más modesta."

Una estudiante de Filosofía que fué deportada a Siberia con sus hijos y una tía anciana, escribe:

"Trabajo en un "koljos" (granja colectiva), arando con una yunta de bueyes, cortando madera y trillando el grano. Las medicinas son raras, el clima es riguroso, no hay manera de llevar una vida razonable. La idea de otro invierno en Siberia me hace temblar."

Una economista escribe también de Siberia:

"Mi niño se encuentra en el hospital, amenazado por la tuberculosis como resultado del clima cruel y la falta de alimentación. Yo misma estoy apenas repuesta de una afección pulmonar muy grave."

Una mujer que se dedica a la Filología escribe:

"He recibido alguna ayuda financiera; pero con dinero, desgraciadamente, no puedo comprar nada, porque los habitantes de esta región sólo trafican trocando las mercancías. No puedo trabajar más que en verano, pues no dispongo de vestidos de invierno."

Una profesora de Historia, escribe:

"Tengo que mantener a mis padres, ancianos de sesenta y cinco y sesenta y cuatro años de edad, así como a mi hijita, de cinco. Trabajo en el "koljos", donde gano 800 gramos de pan diarios, aunque no todos los días."

Una abogada que tenía su bufete en Lemberg, y que fué deportada a Kazakstan en 1940, escribe:

"He trabajado como una esclava negra; pero, por desgracia, hasta este trabajo se ha acabado ahora."

Una profesora en asuntos comerciales, graduada en la Academia de Comercio de Varsavia, y que fué deportada a Kazakstan con su madre, vieja y enferma, y tres niños pequeños, de los cuales el más joven nació en Siberia, escribe el relato siguiente:

"Las condiciones son aquí muy lamentables y me es imposible mantener a cinco personas. No hay médicos; los medicamentos faltan; la alimentación se reduce a pan o patatas, que también escasean. No hay jabón; los piojos nos pican sin misericordia; en invierno se me inflamó un oído, y de resultas de ello me he quedado sorda. No sobreviviremos un tercer invierno en Siberia. No tengo ya nada que ponerme, ni siquiera ropa interior ni zapatos; tengo que andar descalza, así como mis hijos, que han estado enfermos durante todo el invierno."

Una maestra escribe:

"Mi hijo de diez y mi niña de cinco años viven conmigo. Trabajo en un "koljos" (granja colectiva), lo que me permite mantenerme yo y mi familia. Aparte de esto trato de vender todo lo que queda de mis cosas personales. Como no tengo donde vivir, me he metido con mis hijos en la casa de baños del pueblo, que en verano no se usa. El invierno nos acecha sin piedad con las heladas y el hambre..."

Una abogada y juez escribe:

"He trabajado en los bosques cortando árboles y acarreando estiércol...; he vivido en una barraca de tablas muy delgadas con una temperatura de 64 grados bajo cero. Durante semanas enteras no he podido desnudarme...: mi cama estaba cubierta de nieve."

Hay también el texto de una carta abierta, escrita por un alumno de trece años a las autoridades polacas, quejándose de que su condiscípulo y él mismo tenían que asistir a una escuela comunista, en la cual sus maestros rusos les dijeron que los polacos estaban oprimidos por los capitalistas y los terratenientes, y que no había Dios. Cuando los niños desmintieron estas afirmaciones, los maestros contestaron: "Vuestra Polonia está liquidada; no se levantará nunca más, ya lo veréis. Aquí vais a morir como perros; aquí están vuestras tumbas; aquí está vuestra Polonia... ¡Niños, no hay Dios! No lo vemos, no lo tocamos, no lo oímos. Dios es sólo una fábula que vuestros terratenientes han inventado para que estéis bajo el temor de él y de ellos mismos."

Pero los niños no podían convencerse: "Ya veis: Dios no os da pan, si nosotros no queremos." Pero aunque tenían frío y estaban hambrientos — vivían de bayas y setas en verano; muchos habían perdido a sus madres, y sus padres y hermanos combatían en el ejército polaco —, escribían a sus guardianes, preguntándoles qué debían hacer y cómo podrían ayudar...

Poco después del convenio firmado el 30 de julio de 1941 entre Polonia y Rusia, según el cual el Gobierno de los soviets concedía la libertad a todos los polacos que habían sido deportados al interior de Rusia, se creó un comité de beneficencia pública, que se agregó a la Embajada de Polonia en Kuibyshev. Los Gobiernos británico y americano y la Cruz Roja polaca, así como la de ambos países y la Asociación de Socorros Mutuos polaca de Londres, les enviaron alimentos, ropa y medicamentos. Se distribuyeron en el Auxilio Social y Sanitario polaco, que había sido organizado por los delegados de la Embajada de Polonia. Se crearon guarderías, casas-cunas, hogares infantiles, comedores y escuelas. Los niños estaban extenuados por estos dos años de mala alimentación; pero gradualmente empezaron a reposarse y aprendían a leer y a escribir. Los maestros no disponían de libros ni cuadernos; pero enseñaban a los niños oralmente y éstos aprendieron a escribir en la corteza de abedul.

La mayoría de hombres y mujeres que llegaron a Kuibyshev estaban en un estado de absoluta extenuación. Habían viajado a pie o por tren desde los distritos remotos del norte de Arkhangel y Vologda en condiciones espantosas, esperando muchas veces de uno a veinte días y con frecuencia errando durante semanas, antes de llegar a Kuibyshev. La mayor parte de ellos padecían resfriados y disentería; estaban enflaquecidos y exhaustos por la falta de alimentación, que había consistido en patatas crudas y agua sin hervir, por lo que muchos contrajeron graves desórdenes gastrointestinales. Se veían llagas en pies y manos, debido a la falta de alimentos y vitaminas. El sarampión se había propagado entre los niños, seguido con frecuencia de bronquitis y pulmonía. La mortandad infantil era muy elevada, pues no había manera de combatir los casos de difteria, meningitis, tracoma y tifus, que también se habían presentado. Muchos fallecieron durante el viaje y una familia perdió cinco criaturas en el camino.

En julio de 1942 empezaron los rusos a detener a los miembros de estas organizaciones y centros benéficos polacos, y desde el mes de enero de 1943, todos los puestos sociales exteriores de la Embajada polaca fueron suprimidos, y se prohibió la distribución de alimentos, ropa y medicamentos que habían sido enviados por Inglaterra, América y otros países.

Cerraron casas-cuna, hogares infantiles, escuelas y comedores benéficos, y al personal polaco lo destituyeron. Los niños fueron enviados a las escuelas soviéticas para educarlos como comunistas.

Los rusos pretendían que todos los polacos, hombres, mujeres y niños que se encontraban en Rusia, habían sido declarados ciudadanos de la Unión Soviética. Tuvieron que aceptar pasaportes rusos por los milicianos soviéticos, y los que se oponían eran detenidos o privados de alimento y agua, o perdían, en todo caso, el derecho a trabajar y a la cartilla de racionamiento. A ningún polaco le está permitido abandonar el territorio ruso o unirse a los ejércitos aliados y polacos en el Oriente Medio.

Se calcula que hay también en Rusia alrededor de 150.000 deportados

de los países bálticos. Estos fueron deportados cuando los rusos ocuparon los Estados del Báltico, entre junio de 1940 y julio de 1941, cuando tuvieron que retirarse ante el avance de los alemanes.

La N. K. W. D. empezó por arrestos individuales de lituanos, estonianos y letones sospechosos de tendencias antisoviéticas, tan pronto como el ejército rojo cruzó las fronteras del 15 al 17 de junio de 1940. Sus primeras víctimas fueron principalmente políticos, diplomáticos, abogados, científicos, médicos, comerciantes, artistas y sacerdotes. A un gran número de ellos los encarcelaron durante y después de las "elecciones" obligatorias celebradas en el mes de julio, cuando los Estados del Báltico fueron incorporados definitivamente a la Unión Soviética.

Pero los arrestos y las deportaciones en masa no empezaron, en realidad, hasta la primavera y el principio del verano de 1941. Se ha sabido más tarde que el Gobierno soviético proyectaba un plan sistemático para deportar, por lo menos, a la mitad de la población total de cada Estado báltico; la invasión alemana en Rusia impidió la ejecución de este proyecto.

No obstante, por estadísticas aproximadas establecidas por las autoridades locales en cada Estado, y por listas que los rusos olvidaron llevarse, las cifras siguientes pueden ser consideradas como aproximadamente ciertas.

Solamente de Estonia, 60.911 personas de todas las clases sociales, edades y sexos, han sido deportadas a Rusia — 40.737 de las ciudades y 20.174 del campo —, 7.129 de las cuales fueron primeramente encarceladas y sentenciadas a diez o veinticinco años de trabajos forzados.

En Letonia han desaparecido más de 60.000 personas, incluyendo 20.000 mujeres y 7.300 niños. La Cruz Roja Internacional de Ginebra tiene los nombres de estos deportados, a los cuales ha seguido la pista.

Se estima que en Lituania 50.000 ciudadanos, por lo menos, han sido enviados a Rusia, aunque sólo han sido comprobados hasta ahora los nombres de 30.000 por listas que los rusos olvidaron cuando huyeron del país al acercarse el ejército alemán en julio de 1941. Se ha establecido, mediante documentos encontrados en aquellos archivos, que incluyen "Instrucciones referentes a la deportación de los elementos antisoviéticos en Lituania, Letonia y Estonia", que el Gobierno ruso estaba decidido a deportar a todos los que se mostrasen hostiles al nuevo régimen. Se proponían hacerlo sistemáticamente, llevando a cabo pesquisas en las viviendas de las ciudades y aldeas en las primeras horas de la madrugada; apoderándose de las armas y documentos; dando a las víctimas sólo veinte minutos de tiempo para vestirse y reunir cien kilos de ropa, alimentos y utensilios de cocina; así, sin tener en cuenta la edad o el estado de salud, conducían a familias enteras a las estaciones ferroviarias. Una vez allí, separaban invariablemente de sus familiares al jefe de la familia. Las madres eran también, con frecuencia, separadas de sus hijos. Amontonaban entonces a los deportados en vagones de ganado sin agua y sin otras condiciones sanitarias. Así viajaban durante días y a veces semanas, hasta que llegaban a Siberia.

o a la Rusia asiática. Mujeres embarazadas daban a luz en estas condiciones, sin asistencia médica alguna, o eran retiradas del furgón y abandonadas en pueblos extraños para que alumbrasen, mientras que algunas de las que estaban ya enfermas, fallecían. Este es el caso de la esposa de un diplomático estonio muy conocido, cuyo cadáver fué arrojado por los guardias fuera del vagón.

Los llamados "deportados ordinarios", es decir, aquellos que no tenían ideas políticas, eran enviados a las granjas colectivas, donde gozaban de una libertad relativa. Se les permitía ir hasta la aldea vecina, donde compraban los alimentos que sus medios les permitían o podían trocar por lo poco que aun les quedaba. Esta gente eran principalmente obreros, artesanos y agricultores, incluyendo muchas mujeres, niños y ancianos. A muchos de estos prisioneros "políticos" los detuvieron en julio de 1940, a raíz de las "elecciones". Teóricamente, la votación era libre, general y secreta. Prácticamente, en cambio, a los que votaban por los candidatos soviéticos, les sellaban el pasaporte en tinta roja. Al resto—incluyendo los que iban a ser deportados en seguida—les ponían un sello azul, violeta o verde, que indicaba la época en que iban a ser deportados: o en otoño de 1941 o en la primavera de 1942.

Uno de estos prisioneros políticos era un lituano muy conocido, el doctor Devenis, subdito americano. Fué detenido por las autoridades rusas el 23 de julio de 1940 y conducido a una prisión de Lituania hasta el mes de marzo de 1941, en que fué conducido a otra de Vilna, donde le sometieron a un interrogatorio en tercer grado. Este consistía en ser conducido, a la hora de acostarse, a las salas de interrogatorio, donde lo acosaban con preguntas durante toda la noche. A la mañana siguiente, los guardianes no le permitían descansar ni dormir. Este procedimiento continuó durante varias noches hasta que se encontró completamente rendido. Le condenaron, sin apelar a tribunal alguno, a ocho años de trabajos forzados, y en su celda le leyeron la sentencia. Inmediatamente fué deportado a Rusia, y sólo le permitieron que escribiese a su familia, informándola que debía ausentarse por corto tiempo para ejecutar algunos trabajos y rogándole le enviase alguna ropa. Sin embargo, tuvo más suerte que muchos otros, a quienes torturaron sin interrupción hasta que perdieron el juicio, como ocurrió al inspector de la Policía letona, o a un ex ministro del Gabinete de Letonia, a quien sometieron a torturas corporales muy violentas.

Con otros 3.000 deportados lituanos, el doctor Devenis fué transportado el 16 de junio de 1941 en un tren de mercancías compuesto de 70 vagones, y en el cual iban unos 40 prisioneros en cada uno (aunque las instrucciones soviéticas sólo estipulaban 25). Durante el viaje a Kotlo oyeron rumores de la guerra germanorussa en las estaciones, a unas mujeres del país, aunque no se permitía que ellos tuvieran comunicación con la población local. Cuando llegaron al campo de distribución de Korchova, los dividieron en los grupos siguientes, según la salud de cada uno:

1.º Aptos para trabajos duros; por ejemplo, minas y bosques.

- 2.<sup>o</sup> Aptos para trabajos duros más soportables; por ejemplo, leñadores.
- 3.<sup>o</sup> Aptos para trabajos ligeros; por ejemplo, granjas del Estado soviético.
- 4.<sup>o</sup> Inválidos que pueden trabajar.
- 5.<sup>o</sup> Inválidos que no pueden trabajar.

Una comisión especial de doctores soviéticos reconoció del segundo al quinto grupo, informando a las autoridades centrales. Todos los "intelectuales" fueron designados para trabajos ordinarios, a excepción de los médicos, uno de los cuales fué destinado para ocuparse de la salud de los campos; pero a los otros los enviaron a trabajar. Estos médicos estaban estrechamente vigilados por los guardianes. Como apenas si había medicamentos, no podían hacer otra cosa que ordenar a los pacientes que descansaran del trabajo.

Habiendo sido condenado a trabajos forzados, no le estaba permitido al doctor Devenis salir del campo o tener cualquier comunicación con el mundo exterior. Las cartas que escribió a la Embajada americana nunca llegaron a su destino, y las que su esposa le dirigió a él no pasaron más allá de los carceleros de la prisión.

El trabajo es muy duro, particularmente en las minas de carbón, descargando barcos y abatiendo árboles en los bosques. Los prisioneros van formados en brigadas de 20 a 30, mandados por un ruso (que ha sido condenado por un delito no político) como capataz. Están custodiados por dos soldados. Cada prisionero debe ejecutar cierta cantidad de trabajo todos los días. Si ejecuta cien por cien (lo que es prácticamente anormal), recibe por la mañana y por la noche una ración corriente — una escudilla de sopa como agua, y en ciertas ocasiones, 600 gramos de pan —; pero esta ración se reduce en relación a la cantidad de trabajo realizado. Todos los prisioneros padecen por falta de vitaminas, que es causa de avitaminosis en pies y manos, y muchos pierden sus dientes. Son pagados a razón de 25 rublos al mes; pero como los precios son exorbitantes, pueden adquirir muy poco con esta suma. Por ejemplo: una docena de huevos cuesta 120 rublos; un kilo de mantequilla, 600 rublos; un kilo de cebollas, 60 rublos; por consiguiente, al menos que los deportados posean alguna ropa o mercaderías para trocarlas, no les es posible comprar nada. El doctor Devenis fué puesto condicionalmente en libertad por las autoridades soviéticas, merced a la intervención del embajador americano, en abril de 1942. Habiendo conseguido su esposa llegar a los Estados Unidos, había estado tratando de poner a su esposo en libertad desde 1940, mediante el Ministerio de Estado en Washington. Al principio le dijeron que las autoridades soviéticas no sabían nada de él. Pero después que los alemanes invadieron Lituania, se encontró una lista con el nombre, número y campo de prisión del doctor Devenis, lo cual facilitó su libertad.

Según información fidedigna enviada por la Legación lituana de Washington a la Cruz Roja Americana, hay todavía cerca de 50.000 ciudadanos

lituanos deportados en Rusia. Es difícil obtener cifras exactas, porque el Gobierno soviético guarda silencio; pero se ha conseguido una lista con los nombres de muchos miles de ellos. Los han dispersado por toda Rusia, desde la península de Kolo, en el extremo norte, hasta Vladivostok, y todos han sido declarados ciudadanos soviéticos, como ya han hecho con el resto de los deportados del Báltico.

Las familias han sido separadas; a las mujeres las han puesto a trabajar en "koljoses" primitivos y viven en barracas o incluso en cuevas. Algunos niños han sido separados de sus madres y llevados a campos de entrenamiento para los jóvenes comunistas (komsomols). La mayoría de los hombres han sido sentenciados sin juicio a campos de trabajos forzados (katorga) en Siberia y en las regiones árticas en condiciones deplorables, donde faltan los alimentos, ropa de abrigo y asistencia médica, viviendo en chozas o barracas sin calefacción e infectadas de bichos. Por ejemplo, el resumen siguiente apareció en un semanario lituano, *América*, en Nueva York, el 13 de noviembre de 1942, informando detalladamente sobre el tratamiento de M. Alexandras Stulginski, ex presidente de Lituania:

"Ha llegado a nuestro conocimiento que muchos deportados lituanos de la prisión de Kansk han sido trasladados a otra prisión, entre ellos el ex presidente A. Stulginskis y el ex ministro de Justicia Stasys Silingas. La prisión es una barraca grande de madera, sin camas; los prisioneros duermen en el suelo, cubierto de inmundicias. La comida diaria consiste en un plato de sopa igual que agua y 14 onzas de una especie de pan; siete onzas adicionales de pan han sido prometidas por la ejecución de un considerable trabajo suplementario, pero los prisioneros están demasiado débiles para hacerlo. Se levantan por la mañana a las cuatro para andar seis millas hasta llegar al lugar del trabajo, donde trabajan catorce horas al día. La tarea en este campo especial consiste en cortar madera en los pantanos siberianos. La salud de Mr. Stulginskis decae sensiblemente. El y 85 de sus camaradas prisioneros acaban de ser trasladados a una localidad desconocida."

Los parientes de estos prisioneros que se encuentran aún en Lituania tratan de obtener informes sobre ellos por medio de la Cruz Roja Internacional; pero las autoridades soviéticas ponen muchas dificultades y no permiten que los deportados estén en contacto con el mundo exterior: no se pueden echar cartas al correo o recibirlas en los campos de trabajo. Algunas de las mujeres deportadas han tratado de comunicar con sus parientes y amigos en los Estados Unidos para obtener algún socorro para sus hijos — 4.000 de los cuales han sido deportados —, pero muy pocas cartas han podido pasar. Por telégrafo, radio y otros medios se han podido conocer en América los nombres y direcciones de un reducido número de ellos y la Cruz Roja Americana está haciendo esfuerzos continuos para ponerse en contacto con tantos deportados como sea posible. Listas incompletas de lituanos deportados en junio de 1941 a Siberia, Carelia, Ucrania, Kazatstan, Rusia Blanca, Omsk, Tomsk y Moscú-Donbas, así como de 16.000 que fue-

ron deportados a las provincias rusas de Altai, han sido enviadas a la Cruz Roja Americana, juntas con listas de sacerdotes, profesores, editores y periodistas deportados; incluyen un centenario de ciento quince años.

En Londres se recibió la carta siguiente de estonianos en Rusia, fechada el 29 de marzo de 1942:

"Nos deportaron de Estonia, nuestro pequeño país natal, en junio de 1941, a una región remota de la Unión Soviética. Nuestros pequeños están con nosotros aquí. Desconocemos el paradero de nuestros maridos y padres.

Nos dirigimos a vosotros requiriendo ayuda urgente, pues por las condiciones impuestas por la guerra, nos encontramos muy necesitados.

En esta colonia hay 25 madres estonianas con sus niños, que necesitan ayuda.

Todos los días encontramos consuelo en el versículo: *Ten confianza en El, porque El no te abandona.*

Confiando en que podréis ayudarnos, esperamos en vuestra noble ayuda y os damos las gracias por adelantado."

Muchos miles de niños, incluyendo aquellos que sólo contaban unos cuantos meses (tal como el niño más pequeño del ex Jefe de Estado Mayor del Ejército lituano), fueron deportados a Rusia. Un gran número de aquellos que se quedaron desamparados en los Estados del Báltico son ahora virtualmente huérfanos, pues sus padres y madres fueron deportados y ellos viven en la calle. Sólo en Vilna hay más de 1.500 de estos huérfanos de la guerra, donde han sido creados 18 orfelinatos; pero bajo la ocupación alemana es difícil enviarles algún socorro.

Un marinero estonio que había conseguido escapar de Arkángel a América, hizo la siguiente declaración jurada, delante de un notario público en Nueva York, el 2 de febrero de 1943:

"Mientras estaba en Arkángel, encontré a muchos estonianos que habían sido deportados de Estonia. Sus caras y aspecto general indicaban una miseria muy grande. Una vez encontré en la calle un grupo de 12 estonianos que llevaban una especie de chanclas de campesinos atadas con cuerdas y la mayor parte estaban hechas de corteza. Por la conversación deduje que estaban trabajando en varias obras de construcción del puerto. Me contaron que su alimento diario se componía de 800 gramos de pan negro. Cuando no tenían trabajo, recibían sólo 400 gramos de pan. Los mismos estonianos me dijeron que en Mezen, cerca de Arkángel, había 300 estonianos, muchos de los cuales murieron de privaciones."

Seguramente morirán en Rusia muchos más en este año, a menos que puedan ser evacuados o que se les pueda enviar algún socorro por medio de la Cruz Roja Americana, Inglesa o Internacional, ya que las organizaciones de la Cruz Roja de los Estados del Báltico no están en condiciones de hacerlo desde sus propios países.

Seguramente es más bien una cuestión humanitaria que política la que

se plantea, y con la actual escasez de alimentos en Rusia sería una ventaja tener unas 450.000 bocas menos que alimentar (cerca de 300.000 deportados polacos y unos 150.000 del Báltico). Desde este punto de vista ruso puede deducirse que el trabajo de éstos tras las líneas del ejército rojo es necesario para ayudar a sostener la guerra contra los alemanes. Pero nunca han faltado brazos para trabajar en Rusia, y en todo caso, la mayor parte de estos ciudadanos deportados son mujeres y niños o personas viejas y enfermas, ya que a muchos de los jóvenes (particularmente a los polacos) les han permitido agregarse al ejército polaco en el Oriente Medio, o los han alistado en el ejército rojo. Las dificultades de transporte en Rusia es también otra de las razones que alegan para retener a los deportados; pero como muchos miles de polacos consiguieron atravesar las inmensas estepas de la Unión Soviética para llegar a Kuibyshev después de la amnistía en agosto de 1941, no sería imposible a los otros deportados restantes hacer otro tanto.

Con seguridad, los Gobiernos de Inglaterra y América, así como el de Australia, que actúa por el de Polonia en Rusia, podrían ver la manera de hacer algo en seguida para mejorar las condiciones de cientos de miles de hombres, mujeres y niños que no deberían ser retenidos como rehenes en un país aliado, donde muchos de ellos apenas si podrán sobrevivir a otro invierno.

ELMA DANGERFIELD

#### PALABRAS FINALES

Sólo recordar al lector atento unas palabras pronunciadas por sir Samuel Hoare, embajador de la Gran Bretaña en Madrid, durante el último discurso que pronunciara en Londres el 21 de septiembre último. Dijo entonces el relevante político inglés:

"Acojamos cordialmente a Rusia en la comunidad de pueblos europeos agradecidos por la magnífica ayuda de los ejércitos soviéticos, sin prejuicios en cuanto a las lecciones que todos podemos aprender del experimento ruso, y decididos a desarrollar, cada uno en nuestra propia manera, lo que es mejor en nuestros propios países y más estable en el continente europeo."

¡El representante destacado del país del "humanitarismo y de las suaves maneras" pide públicamente que se "acoja cordialmente" a Rusia en la comunidad de los pueblos europeos, a esa Rusia cuyos procedimientos conocemos sobradamente en España!

Residencia  
de I estudiantes



Residencia  
de I estudiantes



Residencia  
de I estudiantes



Residencia  
de I estudiantes



Residencia  
de I estudiantes



Residencia  
de I estudiantes



Residencia  
de I estudiantes



Residencia  
de I estudiantes



Residencia  
de I estudiantes



